

Ana María
Rodríguez Francia

Elevación de Vísperas



Publicación de la autora.
Edición limitada y numerada.

ANA MARÍA RODRÍGUEZ FRANCIA

A Carlos Pérez Carignano

Poeta. Sacerdote.

En gratitud

I

Peregrina que llegas

Peregrina que llegas, armoniosa;
don sutil del Señor, niña admirable.
En la voz, un susurro inenarrable
de singular ternura misteriosa.

Madrecita que llegas, cautelosa,
para abirme al llamado imponderable
que redime la falta reparable
sólo por la valía de tu rosa.

Todo tu amor me torna inmaculada
mientras tiendo mi mano que te implora
No me abandones, yo sin ti soy nada.

Así tu ser precioso me demora
cuando me invita alegre tu mirada
a gustar del Manjar que me enamora.

Deseo

Hoy quiero agradecerte, Madre mía,
tu fervor, tu cuidado, tu bonanza.
Me envolviste en tu aroma de esperanza,
me trajiste la paz y la alegría.

Con tu bálsamo amante y a porfía
de mis versos que cantan tu alabanza,
alejás el peligro y la acechanza

del mal que nos asola cada día.

Yo de ruego, doncella inmaculada,
protege nuestras vidas, presurosa,
con matices de angélica mirada

y allega hasta nosotros, generosa,
la dádiva gentil, iluminada,
testimonio infinito de tu Rosa.

Dame tu mano

Dame tu mano y que algo en mí te siga
por noches y por riscos, y por muerte.
Nunca me turbe el riesgo de perderte
cuando es tu cruz, tu Amor, el que me obliga.

Que sea como el sol, como la espiga,
que abre su mundo al gozo de saberte,
aunque nada obre en mí por merecerte
sino tu latitud que, oculta, abriga.

Ah, Dios mío, mi Dios, dame tu mano
que todo cae, lejos de tu arcano,
plenitud creadora, luz que embriaga;

pues sin Ti soy un ser que marcha en vano,
puerta de finitud, como el vilano
que se atreve a nacer y ya se apaga.

La luz de tu mirada

Brota de la mirada Luz que un día
instauró los espacios, esplendente,
irradiando su fuerza; y elocuente
como la voz del Verbo, en la que ardía.

Era el eco fugaz que padecía
la densa soledad, calladamente.
Era un sol, una flor, una silente
Majestad de efusión y de armonía.

Era eso y aún más. Era el reposo
de la quietud de Dios; solaz y aliento
presagiando el más prístino y gozoso

rostro mortal. Magnífico en el viento.
Y hoy nace en la mirada, misterioso,
cuando se hace oración, merecimiento.

Poema quevediano

Amar sabrá mi alma, prisionera,
la huella de tu paso sosegado,
donde todo vagar desventurado
halla razón de ser y luz señera.

Amar sabrá; quizá la primavera
inundará de fuego mi costado;
y perderá mi vida su cuidado
y curará su impávida ceguera.

Pero nunca borrar de mi porfía

podrá de aquellas noches el empeño
cuando todo callaba y te perdía.

Porque cuando mi ser no te sentía
más pugnaba tu fuerza, dulce Dueño,
“en parte donde nadie parecía”. [1]

[1] *San Juan de la Cruz, “Canciones en que canta el alma”. 4. 20*

La barca

La barca se aproxima lentamente
a aquella costa luminosa y bella,
donde la alta Ciudad, como una estrella,
refulge en su esplendor, eternamente.

La barca boga, y en su humilde frente
un ave canta la Canción, destella
en el pico una flor, cálida huella
de aquello que sembró secretamente.

Escucho el agua, golpetear fangoso,
de lo que atrás quedó, secuela impura,
sepultado en el río rumoroso.

Que sólo tiendo a la gentil Figura
con su mano hacia mí, fulgor precioso,
culmen de Amor, beatífica hermosura.

Ángelus

Soy tu sierva, Señor, y en mi desvelo

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

sólo sostengo el modo de agradarte
con singular deseo de adorarte,
única condición, único anhelo.

Va transcurriendo el tiempo en que revelo
mi silencio que clama por amarte
en cada soplo mi oración, que parte
de lo más hondo y puro de este suelo.

Que escucharte es el fin de la jornada
la meta incalculable, la prestancia
de todo lo que inicio en la alborada.

Y voy tejiendo la sutil fragancia
que impregna mi solaz, y la constancia
de mi palabra fiel, acrisolada.

En la duda

Soy un leño, Señor, semiencendido
que se estremece con la noche oscura
de mi fe, que es murmullo atardecido
por la duda que alienta la espesura.

Un leño seco soy, cuando aterido,
hueco mi corazón de tu frescura,
no atisba a asegurar su rostro herido.
No comprende. No cala en tu dulzura.

¡Qué desaliño, mi Señor, perderte!
¡Qué pasos balbucientes, fatigados
en esta vía, dolorosa suerte!

¡Qué soledad en estos yermos prados
sin tu voz, sin tus ojos adorados
que no logro alcanzar por merecerte!

La Gracia

Densa ha sido la noche misteriosa
cuando mi pie se ha hundido en agua oscura.
en un desierto pleno de amargura,
en una casa hostil y penumbrosa.

Densa ha sido la noche, pero hermosa
el alba de tu sueño hecho Figura
que trajo hasta mi vida la ventura
de tu huella radiante y poderosa.

Yo te adoro, Señor, y en duermevela
digo tu Nombre en el silencio dado
donde toda simiente se desvela.

Y escucho en el jardín tu sopro amado
mientras fluye en el mar un surco, estela
de tu divino ser, eternizado.

La herida

Qué herida más que herida es esta herida
deshojando la pena y la bravura
de lo más luminoso, desventura
de lo que no se entiende en esta vida.

Qué dolorosa espina en esta herida

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

que padece sosiego y amargura,
pero esplende con nítida hermosura
y afinca en lo más bello de la vida.

Qué pasión, Señor mío, qué belleza
de amor en lo más íntimo del alma,
cuando todo se nutre en la pobreza.

Qué amor es este Amor, de tal grandeza
que convierte lo oscuro a su riqueza
y es verdad, paz, virtud, solaz y calma.

Amarte

No puedo amarte más y en mejor modo,
que por amarte doy la vida entera,
como si fuera flor de una pradera
crecida lejos del tremor del lodo.

Y es amor que renueva todo en todo
y vibra en alborada y primavera,
porque es su juventud en la primera
inaugurada voz del mejor modo.

Oro y diamante, eternidad tallada
en el hueso, la piedra y la agonía
que sólo esplende en la quietud callada

Y canta con sublime lozanía
la "soledad sonora" y la alegría
de la mayor pobreza recobrada.

Pentecostés 2009

Luces en el abismo primigenio
Luces de oro secretas silenciosas
Luces que flotan entre antiguas rosas
Luces sin compasión selecto ingenio

Luces inaugurantes del misterio
Luces que se diluyen en las cosas
Luces hoscas y tenues pero hermosas
Luces que cruzan el gentil selenio

Abismo y mar palabras sin sentido
Que intentan explicar lo inexplicable
Máscaras del silencio escarnecido

Puerto que se abre al fin imponderable
Donde calla y se guarda lo inefable
Fuente que se hunde en aguas del olvido

La cruz y el mar

Yo te entrego, Señor, mi cruz preciosa
para que la resguardes en tu mano,
como se pierde un ave en el verano
cuando el sol la ilumina presurosa.

Yo te entrego la brisa que se posa
en el ocaso que huye, soberano,
y se transforma en mar para el hermano,
que está en la cruz y por la cruz se goza.

Paradoja del alma y de la vida

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

contradicción del sueño y su quimera
oblación infinita, estremecida.

Que sólo somos una flor herida,
que tiende a Ti su vena dolorida
y en la cruz con su mar se vuelve espera.

Felicidad del alma que ha hallado

Me siento entera en el vacío inmenso
Me siento iluminada en sombra plena
Me siento alegre en la angustiosa pena
Y me siento feliz en hueco inmenso

Me siento liberada en el extenso
Páramo que me cerca en sombra ajena
Mientras nada es mejor que esta cadena
De alegría y dolor, preludio extenso

Porque lejos del mundo y su camino
Interminable Vía Crucis duro
Hay una tierra leve y armoniosa

Que ofrece al increíble peregrino
Solar dichoso y contemplar maduro
Lluvia de oro y pétalos de rosa.

Mi vida, Señor

Lágrima suspendida en el vacío,
así quisiste que mi vida fuera
y no lo cambiaría aunque naciera

mil veces más en caudaloso río.

Porque siento que suave, en el estío,
aunque todo cambiase y rosa fuera,
lágrima necesaria, aunque naciera
mil veces más en torrencioso río.

Ah, qué amor increíble éste de amarte
en el destello de esta extraña noche
que sin enojo, hastío ni reproche

me atrae al fondo de éste enamorarte
de lo que yo no soy, sagrada noche
donde alcanzo la Gracia de adorarte.

Música de violetas

A María Crescencia

Oh noche oscura, noche iluminada
que siembra estrellas, multitud de estrellas,
que sonríen lejanas, y tan bellas,
a los que vamos por la senda alada.

Oh noche oscura, noche enamorada,
manantial de violetas, tenues, bellas,
que regalan fragancias como estrellas
en medio del azul, inusitadas.

Noche que te amo en toda melodía...
Noche, no te me apartes, espaciosa,
porque sin ti se pierde mi armonía.

Que tu presencia es plática piadosa

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

que se esculpe en perfecta orfebrería,
música de violeta esplendorosa.

Quería ser

Yo quería, Señor, entre tus manos
ser la pequeña alondra estremecida
con destellos blanquísimos asida
a tu voz, entregada a los hermanos.

Quería ser un claustro entre lozanos
vergeles de violeta adormecida,
flor del campo, camelia florecida
en rincones ocultos, hortelanos.

Pero vientos salobres me perdieron
sobre rocas impías y altaneras
que mi piel y mis huesos destruyeron.

Sin embargo, persisto en la primera
lumbre que me encendiste en primavera ...
y hoy renazco en tus labios, que me oyeron.

Monasterio Ntra. Sra. De Nazareth

Hablarte de amor

Cómo sin lágrimas llorar podría
para hablarte de amor, mi Dios, Amado,
si soy menos que un soplo derramado
que se extingue en tu férrea melodía.

Cómo sin sollozar decir podría
el rasgo de mi ser enamorado,
si mi alma es un canto desgarrado
y ni una estrella reflejar sería

posible para mí, que desvelada,
tan imprecisa de dolor, silente,
soy pobre herida en tu pasión preciada...

Cómo sin llanto a tal amor doliente
puedo arrojarme en tu piadosa fuente
y dormirme en tu gloria aprisionada!

Estoy sola...

Estoy sola, sumida en el silencio
sobre el eco de tu cabalgadura,
fantasma de un jinete en la andadura
de la noche que parte y es silencio.

Estoy sola, de toda muerte, sola...
como fraguada al son de tu andadura
y es un campo infinito la figura
que invade, parte, vuelve y me acrisola.

Fuego sublime que se lleva el viento
despedida sin fin de madrugada...
llama insepulta que me envuelve, y siento

que en tu vuelo fugaz y en tu mirada
nace una estrella que en sutil llamada
revive en aras de este sentimiento.

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Sin embargo, es confuso don del cielo,
Territorio, sagrario de una espada.

Palabra esplendorosa

*“Dios ha creado aguas abundantes (...)
[p]ero le place más que,
por nuestro bien,
aceptemos su bendita sangre para lavar...”
Juliana de Norwich, 65*

Fluye tu sangre en manantial bendito
crepúsculo de sangre prisionera
crepúsculo de vida en la primera
palabra creadora en don bendito.

Fluye, fluye e inunda, don bendito
que a extremos llega, lluvia verdadera
lavando huecos turbios, medianera
que divide el Paráclito bendito

Ah, qué gloria la sangre derramada
Señor, en hondo cielo mensajero
como un ángel de pluma iluminada

frente al ángel de vuelo plañidero
oscuro y pertinaz, triste sendero
que rescata tu luna y su mirada.

Sangre oculta es el agua de tu muerte
paradoja de amor, sello inefable.

El Reino

Crece el Reino en un solo pensamiento
que conlleva en su ser la fe madura
y persigue encendida la figura
del rostro prodigioso y su alimento.

Crece el Reino augural advenimiento
de la luz que se eleva en su estatura
y evanesce la esquiva desventura
que entorpece total florecimiento.

Que la perfecta flor en su belleza,
desamparado amor y desvarío
transforma en esplendor de su grandeza

y como dúctil gota de rocío
en el núcleo estelar de su entereza
se aferra a toda ausencia y su vacío.

La estrella luce más si está engarzada
en sideral espacio del silencio.

Hermana muerte

Bendita muerte que te vas llegando
serena y silenciosa al alma mía
y tu voz trae en eco el claro día
donde todo se pasa y alabando

como la tierra al cielo que allegando
estremece el combate y su agonía
y es como un blanco río en su elegía

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

que clama por la paz que va sembrando.

Hermana muerte, casta y dadivosa
que naces en espacio de bonanza ,
redimes toda sombra, luz piadosa

vas acercándote y esplendorosa
me das la libertad y la esperanza
descubriéndome el signo de la rosa.

Ahora, muy prolija, la mortaja
pliega sobre el ocaso de mi río.

Sagrario

En la roja penumbra del sagrario
llamaste por mi nombre el nombre mío
y era bálsamo y luz, como el rocío,
y era un cálido, oculto relicario.

En la noche inefable del sagrario
impregnaste de rosas mi navío
y era lluvia cayendo sobre el río
del amor, en su centro trinitario.

Fui feliz esas horas de la tarde...
crepúsculo y estrellas se fundían;
gema infinita, corazón que arde...

Mientras llama y amor se confundían,
milagroso y sencillo, sin alarde...
amaneciendo un sol de nuevo día.

Las horas cenicientas han llegado,
pero guardo tu Nombre en el secreto.

Ven

Ven a mi corazón, niño mío,
que pondré entre pañales tu persona
y ceñiré a tu frente una corona
de jazmines y azahares de mi estío.

Ven, niño, mi amor, dulce amor mío,
que no hay nada mayor que tu persona;
lo dirá luego la fatal corona...
pero ahora duerme, mientras yo sonrío...

Clara noche de estrellas bendecida
que trae paz, aliento, don, bonanza,
y es quietud en el alba redimida.

Clara noche de amor estremecida,
cuando todo es vigilia y esperanza,
canto, ternura, paz, destello, vida.

Quédate en mí... no te preocupe nada...
Yo velaré tu sueño y tu reposo.

Presencia

*Al bebé que nació en Belén,
pensando en la ausencia de mis niñas.*

Sólo vos te has quedado entre mis brazos

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Señor, todas partieron, ya se han ido...
Soy un tronco perplejo, entumecido
en el hueco sublime de tus brazos.

Todas partieron. Ves, Señor, se han ido...
y a nadie tengo, yerta, entre mis brazos,
y mis huesos son huesos de tus brazos
donde sólo estás vos, adormecido.

Señor, te entrego todo lo que tengo:
la mirada, el candor, mi fantasía.
Sólo a tu voluntad, mi Dios, me avengo.

Porque nada me vale, si no tengo
la fuerza de tu amor, tu valentía
y el humilde portal donde me avengo.

Fuente preciosa, virginal premura
porque me has consagrado en tu belleza.

Humilde intento

Tu mirada, un velar por mi mirada;
tus manos, fiel refugio de la mía,
sostienen mi penumbra y mi alegría
inaugurando un sol en mi morada.

Tu palabra perfecta, liberada,
es señal de tibieza en noche fría,
pues tu amor me conforta, cortesía
que bendice el final de mi jornada.

Yo resguardo el divino sentimiento

que salva mi piedad y mi inocencia
del áspid tenebroso y su tormento.

Yo te adoro, Señor, mi humilde intento
es mantenerme pura en tu presencia
donde clama por ti mi pensamiento.

Tu semblante, un cantar en alborada.
Tu persona, el sostén de mi persona.

Ya más no puedo amarte

*Adviento 2009
Después de un lectura de Juliana
de Norwich,
Revelación décima, 20*

Que te mueras de amor, Señor, Dios mío...
¡qué venturosa herida consolada!
¡qué mística pasión, qué desvarío!
Si tú eres Dios y yo... yo no soy nada...

Que tu cuerpo se me abra en el envío
de tu dulce palabra enamorada...
qué paradoja de tu amor, Dios mío!
Si tú eres eso, Dios, y no soy nada...

Cómo morir de amor, en el anclaje
de las constelaciones nocturnales
y en los confines de este largo viaje...

Cómo no atravesar el andamiaje

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

de tus hondos reclamos eternos
que me anudan al ser de tu ropaje.

Ya más no puedo amarte. Has colmado
mis entrañas, mi alma y sus razones.

La siembra de la luz

Que tu siembra de luz en tierra mía
es crepúsculo intenso en la mañana;
es sol de amanecer cuando amilana
la luz ante la noche y su porfía.

Que tu siembra me eleva en melodía
rutilante cual noble porcelana
y se ahonda feliz en la temprana
quietud excelsa que mi ser ansía.

¡Qué fuente aquella fuente donde nace
toda la eternidad y su escalada
cuyo oculto fluir siempre renace!

¡Qué dulce abismo, brasa ensimismada,
qué flor sutil cuando tu voz complace
el anhelo de un Dios y su llamada!

Cuán sagrado silencio en noche inmensa.
Sentido austero. Colosal sentido.

Morir en tu silencio

Sólo una isla en medio de los mares

Señor, enamorado, prometido.
Una isla, ahora que has venido
lavando mi impotencia y sus pesares.

Un lugar para todos los cantares
que eleven un Cantar, mi malherido
dulce y férreo Señor, mi más querido
cedro y lirio en la cruz de tus altares.

Señor, que sea yo la prisionera
de tus brazos de leño desgarrado
suave y dura señal, cálida espera

venciendo el mar, su riesgo y su cuidado.
Fruto de amor, eterna primavera
nacida de la sal de tu costado.

Quiero besar tus ojos, Señor mío.
Quiero morir, Señor, en tu silencio.

Humilde misión

Toda sublime yo, toda reposo
cual gaviota gentil, estremecida,
agua de sal, sonrisa remecida
guardando tu inquietud, mar poderoso.

Toda voz en el alba y su reboso,
música vislumbrada y comprendida,
mirada oculta, singular partida
acunada en el cielo soledoso.

Todo esto y mucho más en alborada

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

de secreto designio en el misterio
de una rosa celeste venerada.

Culto de sol, humilde ministerio,
rasgo de luz, saeta desbordada
nacida entre las notas de un salterio.

Cómo no resguardar silencio puro
cuando vislumbro el ascua de tu Reino.

Rendición por amor

Cierva sedienta soy en la alborada
de una suave y serena epifanía
nimbo de luz, beatífica porfía
en alas de esta sed enamorada.

Cierva sedienta, inaugural morada
sin límites, con toda la osadía,
como se allega al campo, a la alquería,
luego de atravesar la marejada.

Sierva del rey, angélica y fecunda
como la pura mies de los trigales
en vigilia de amor, meditabunda

por calles y por plazas y portales,
transida de pasión y trashumada
detrás de tus regiones eternas.

Cierva y sierva, Señor, mi ciervo herido.
Sierva y cierva, Señor, tu prisionera.

Dolor

Aquí estoy, mi Señor, atribulada
con tu espina clamando en mi vacío
con tu voz amarrada a mi navío
ancla silente, clave amurallada.

Aquí estoy, a tus ojos entregada
con mis ojos mirando el blanco río
de la muerte, que en pálido extravío
me espera en tu pasión ensimismada.

Que soy como una rama estremecida
casi al caer del árbol esplendente
que el viento agita en alba atardecida.

Y eres faro de amor, mi agradecida
modesta barca, corazón ardiente,
sólo aguarda la luz de la partida.

Hay un reino, allá lejos, que está cerca.
Es tu reino, Señor, en mi escalada.

El misterio

Que somos sombra y piedra esplendorosa
que habita el suelo en noche aprisionada
y estrecha su fulgor y su apenada
falta que, feliz falta, es luz hermosa.

Que somos sombra y piedra esplendorosa
que habita una región abandonada

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

y estrecha en su vacío y su morada
sombra y luz, luz y sombra misteriosa.

Qué perpleja la sombra y la hermosura...
Que vibrante y sutil sombra preciosa.
Qué modo de brillar en senda impura.

Qué precio el de la sangre y su armadura
por ese Cirio, beatitud oscura,
rosa quebrada y pacto de la Rosa!

II

Viento de otoño

Delante de mis ojos ciñe el otoño al viento
y las hojas transcurren su navegar vacío,
y yo pienso en tu Nombre mientras padece el río
cenizas, rosas, llanto, audaz merecimiento.

Todos se han ido. Todos. Y sólo mi lamento
llena de luz rincones que acumuló el hastío,
y mi ser está helado, mi dolor tiene frío
porque perlas rodaron sobre el agua y su aliento.

Ah, rostros que se escurren por un Cantar errante
que naufragó mil veces sobre las playas solas
y acunó entre sus brazos, cada vez, un instante.

Ah divinos tesoros del Amor navegante...
Ah pálidas estrellas meciendo entre las olas,
sueños de olvido, lágrimas, en rutas del Amante.

Ahora sólo llega mi voz a tu Estatura
como la voz de un ángel a tu Voz de diamante.

Visión desde el silencio

El silencio inefable de estos días oscuros
es silencio recóndito de ardua lejanía
labrado en un espacio de dura extranjería
estallido en desvelo de resplandores puros

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Silencio y laberinto de refugios seguros
que se esparcen en ecos de quieta algarabía
mientras mis ojos callan y mi mano tan fría
dice adiós al poema de los versos oscuros.

Qué me trae la tarde sino un sol al poniente
dialogando esa luna que aparece soñada
cuando cientos de pájaros vuelan su voz doliente

y el ocaso que parte continúa sufriente
y sólo hay un resabio de queja devastada
y nada queda y todo del Amor floreciente.

Un ángel pensativo vela sobre la noche
cuando un recuerdo de alas evanesce en la sombra

La vasija

Vasija transportada por ángeles piadosos
al pie de tu Sagrario, amado Señor mío
llena de piedras torpes que acumulo el vacío
y llega hasta tus ojos, por ángeles piadosos.

Caen las duras piedras de pasos impiadosos
caen las piedras duras sobre el mármol vacío
y yo me voy en ellas, Señor, Amado mío
perdiendo una memoria de tiempos impiadosos.

Regreso en este invierno y al filo de la tarde
de lejos llega intensa tu voz ensimismada
y es sólo en el sigilo una estrella que arde

su titilar precioso, su luz avasallada

mientras todo estremece al filo de la tarde
y estremece el vacío que me dejó tu espada.

Yo no sé de la estrella, Señor, yo no sé nada
sólo sé contemplarte con extraño silencio.

Qué sería

He perdido mi cuerpo, pero ganado el alma
cuando serena y pura yo te he dado mi vida
y regreso a mi casa por la calle, perdida,
sin piel, sin horizonte, pero la voz en calma.

He perdido los ojos, que sólo tienen calma
si tus ojos los llenan de tu paz y tu Vida
donde el río se aleja por la senda perdida
y te encuentro en la lluvia, en la luz, en el alma.

Qué sería de mí, mi Señor, qué sería
si no fueras velando con tus ojos azules
que nutren la mirada con tibia angelería.

Tantas veces me digo, mi Señor, qué sería
si no fueras amando con tus ojos azules
este vacío inmenso que añora tu alquería.

Si yo fuera una reina me darías un manto
pero soy una sierva descalza y por las calles.

El puro servicio

Que me place, me place, este servicio puro

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

cuando desde el vacío y el dolor del invierno
tiendo mi ser, mis manos, al blanco del invierno
dando toda mi vida por el servicio puro.

Que me place y olvido en medio del invierno
todo lo que te entrego con el servicio puro
que tanto me fatiga... porque el servicio puro
me arroja y me vacía en medio del invierno.

Qué voz me queda entonces, Señor, de madrugada
y yo siento que te amo, Señor, que te amo tanto...
y desgrano las cuentas de la Virgen amada.

Con qué voz te lo digo, si no me queda nada
ni siquiera el recuerdo de la sed y el espanto
y nada, nada puedo, pues no me queda nada.

Entonces sólo amarte en el sacro silencio
de tus ojos divinos, de tu Presencia amante.

Duermevela

En la noche secreta resuena este silencio
de voces que estremecen la soledad velada
y suben por la cuesta febril, enamorada
de la secreta noche henchida de silencio

Resuena en esta noche, resuena este silencio
de ángeles que vuelan la tibieza enramada
como una estrella tenue nacida en la alborada
de la noche serena, transida de silencio

Me aquieto cuando escucho la suave algarabía

de los niños perdidos, de los niños hallados
bajo la austera noche, la casta pedrería

En el silencio oculto que guarda los sellados
secretos de la noche su exhausta velería
destellan en el eco mis párpados callados

Sólo deseo un lienzo para enjugar tu sangre
tu sendero remoto traspasado y sublime.

Decisión amante

Qué me queda en la noche sino el ser trascendente
que despliega su ruego, su dolor, la osadía
de morirse sonriendo con toda la alegría,
sublimidad antigua, secreto amor ardiente.

Qué otra cosa me queda, Señor, si tu esplendente
decisión de hermosura labró una cruz bravía ...
extremoso designio, que obliga al alma mía
a seguirte inclinada con mi dolor silente.

Se me desgarran el canto, se me desgarran el vuelo
cuando entre piedra y piedra sólo tengo tus ojos
y el cielo está cerrado, cuando puesta de hinojos

no me queda otra cosa que elevar mi desvelo
hasta tu férreas manos, que sostienen mi anhelo,
y mi deseo es nada y nada mis despojos.

Ahora es una lágrima. Una lágrima sola
que pende, como siempre, sobre el hondo vacío.

Gratitud en la noche

Ah Dios mío, Dios mío, cuando tu cruz me alienta
puedo elevar los ojos sobre el abismo extremo
y entregar mi figura, solitaria en extremo
bajo tus ojos claros y tu verbo que alienta.

Ah Dios mío, Dios mío, la sima desalienta
desde su oscuro hueco, tan preciso en extremo
como oscuro el dolor que desgarrar al extremo,
y sólo vibra un astro que estalla y desalienta.

Que la noche tan densa trae aullido de fiera
que la dura planicie me extravía en la sombra
cuando no quedan flores de tibia primavera

y un viento blanco cubre esa voz que te nombra
en lo más puro y bello con la sublime espera
de una tierra más alta, que ennoblece y asombra.

Doy gracias por el astro que me lleva a la muerte.
Doy gracias, Señor mío, por la esbelta esperanza.

Palabra de amor

Amor cuya pureza me arroja en el vacío
con la sutil fragancia de lo que es verdadero ,
el “no sé qué” estallante de lo que fue primero
Verbo de Dios, altura, sembrado en huerto mío.

Amor que sin riberas pasa en mí como un río
que lleva caudaloso mensaje valedero

para quien lo recibe, misterioso sendero
por sangre redentora que mutiló el hastío.

Ah, mi Dios... ah, dios mío, tu puerto se agiganta
cuando mi desamparo se aproxima a la meta ,
y todo se estremece, todo desborda y canta

y no hay valor más grande que silenciosa y santa
cultive la esperanza con mi voz de poeta
cuando todo en mí vibra, todo florece y canta.

Qué más puedo decirte, Señor, qué más si exalta
tu fuego en el secreto la luz de cada día.

Postración de medianoche

Es fuego que recorre mis venas y mi canto
con el ave celeste que traspasa mis ojos,
y la piel se estremece y ennoblece despojos
de brasas que se expanden en el silencio santo.

Es lágrima asomada con el silencio santo
de la fe que contempla y atraviesa mis ojos,
cuando la piel es salmo que aleja los despojos
de un camino que esplende con la vida y el canto.

Oh Señor, yo celebro tu dulce alevosía
que visita mi casa y eleva mi poesía
por sobre mil astillas de leña abandonada...

y me entrega en la noche la luz de tu mirada,
y no hay flor más oculta que nutra mi poesía
como la savia eterna de tu imagen callada...

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Ahora sólo el alba revivirá mis manos
en la sabiduría de tu amor infinito...

Elevación de Vísperas

Forma azul del crepúsculo cayendo sobre el río
con instante de pájaros que vuelan el follaje
como si el mundo entero precipitara el viaje
que conduce a la cima guiando este navío

Árboles sumergidos, reflejos, canto mío
que esparce en dulce costa mi sublime paraje
costa verde y dorada como el sol en celaje
humildad de la tarde postrada frente al río

Suave y discreto manto, rosa y celeste, pasa
como predestinadas manos juntas que oran
mientras en el espejo del agua se rebasa

el paisaje sonoro y el árbol gris que abrasa
un canto inigualable, un canto donde afloran
todas las melodías que llevan a la Casa.

Forma azul del crepúsculo, forma azul de mis versos,
que sólo a ti dirigen, Señor, eterno canto.

A través del vidrio oscuro

Contemplo en el espejo del agua renacida
árboles que sostienen un sereno paisaje
de costas reflejadas, solitario andamiaje

de otra sed, otro vuelo del agua renacida.

Sobre la etérea costa de línea estremecida,
límite de una vida, desdoblado paisaje,
yo estoy como a la escucha, misterioso andamiaje,
como si fuera un pacto del alma estremecida.

Árboles sumergidos detrás del vidrio oscuro
velando esta figura que alienta la esperanza,
enigma y laberinto, consagrado y maduro.

dibujando jardines de luz en lontananza,
místicos y tan bellos, magnífica esperanza
que, sin embargo, esplenden detrás del vidrio oscuro.

Guardo el silencio mío. Guardo mi pensamiento.
Sólo soy una imagen que ya se desvanece.

Ofrecimiento

No sé cómo decirlo, decirlo sin palabras
detrás de este silencio que es la palabra mía...
la luz de lo inefable renace en este día
y no puedo decirlo, decirlo con palabras

No tengo otro humildísimo manojo de palabras
que rompa este silencio porque es sagrado el día
y no puedo insertarlo con la noche, no es mía
ninguna clave, nada que hilvane mis palabras

Señor, toda mi ciencia se nutre en un postrarme
delante de tu imagen, figura inmerecida,
mientras tantas gaviotas allegan a invitarme

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

a cruzar esos mares que exaltan mi poesía
y redimen mis ojos, si todo es entregarme
a tu dardo celeste, solemne epifanía.

Señor, yo soy tan pobre que no te pido nada,
toma mi vida entera por el amor que ofrezco.

Envío

Querer, no quieras nada, que todo resplandece
más allá de la vida, más allá de la historia,
deja que nada viva guardado en la memoria
porque todo es la rosa que en un jardín florece

No quieras querer nada, que el todo reverdece
en llanuras celestes que aguardan tu victoria
y en el camino estrecho que conduce a la gloria
querer no quieras nada, porque todo fenece

Ya volarán la altura golondrinas brillantes
albatros y calandrias, fugaz vocinglería,
y poblarán tus lares con graznidos fragantes

que tu patria es un huerto de suave angelería
con tan hondas estrellas, tantos cielos viandantes,
y en ellos tu edificio de casta pedrería.

Querer no quieras nada... Alguien está clamando
y con su Voz bellísima te llama por tu nombre.

Oración de las lágrimas

El silencio se puebla de lágrima transida
que nace de mi antigua pasión desencontrada
tantos años siguiendo, Señor, ensimismada
detrás de tu sonrisa columna renacida.

Y allí donde refulge tu mano bendecida
en el amor del Padre, parábola abismada
abres la oculta celda que anhela esta mirada
donde guardas mi nombre con luz estremecida.

Cuán largo este camino, Señor, sin tu figura
sin tus ojos profundos, sin tus venas preciosas
donde toda pobreza feliz se transfigura

y el río es más brillante, más verde la espesura
que reviste la tarde colmada de hermosura
y nace un estallido de pétalos de rosas.

Me refugio en tus brazos, Señor, calladamente...
Me abandono a tu sueño, por fin, que me has mirado.

Este silencio

Y muero porque muero, Señor que me has llamado,
y no sé cómo asirme, Señor, a este silencio
cuando el tiempo no pasa y es duro este silencio
cuando no tiene voces mi verbo enamorado.

Que por no morir muero, Señor, que me has buscado
mientras yo me extraviaba por un mortal silencio
y nadie iluminaba la voz de tu silencio

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

y con dolor perdía tu nombre y tu cayado.

Hoy más que entonces tengo la voz ensangrentada
y me aferro a tus manos, increíble porfía,
viscosidad ardiente de lágrima arrasada.

Hoy, cuando soy tan sólo una sierva postrada
delante de la imagen de tu madre, María,
doncella imprescindible, la más dulce y amada.

Señor, nacen estrellas, es de noche... no es tarde...
No te alejes más nunca... Señor, porque te amo.

Tus pies sangrantes

Sumergiendo mi rostro en tus pies traspasados
junto al madero impío que se llevó tu vida
tocándome la sangre que derramó tu herida
comprendo el amor puro de huesos mutilados.

Porque anduve por valles, por montes alejados
de tu casa y tus manos de sabia epifanía
ahora que te encuentro me brota la alegría
como si fuera un ascua de jardines preciados.

Señor, yo te veía sonreír con mi canto
aquellas madrugadas de adusta adolescencia,
plegaria cultivada, ámbito pleno y santo

cuando trinaba un ave de casta evanescencia
contrición de mis horas, jazmin, rosa, amaranto,
donde nacía el vuelo, solaz de toda ciencia.

Hoy, a tus pies inertes, mis ojos de crepúsculo
se inundan con tus venas, rasgadas e infinitas.

Ya... nada

Ya nada te pregunto porque todo lo has dicho...
la palabra del ángel me ha traído el reposo
de saberme tu amada, cual a la esposa esposo,
tal cual las profecías, lugar de lo predicho.

Ya nada te pregunto. Qué cosa que no has dicho
puede perderse ahora, maestro esplendoroso,
cuando al irte se queda tu verbo clamoroso,
tal cual las profecías, lugar de lo predicho.

En estas soledades donde la paz redundante,
parábola que nace como fuente distinta,
única al mismo tiempo, sencilla y errabunda

entre todos los seres, porque nunca es extinta
y florece en paisajes, sobre el cielo que pinta
la llama eternizada, la de tu paz profunda.

Tal cual como aquel verso que se extravió en tu boca
cuando yertos y oscuros se cerraron tus ojos.

Despedida

Crepúsculo de lluvia sobre el río encrespado
crepúsculo de plata, pensativa fineza
de la tarde expansiva, inaugural belleza
que cae suavemente como un verso esperado

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Crepúsculo aterido de sueño amurallado
cuando la noche apremia su sagrada belleza
semejante a una muerte de colosal fineza
con su bagaje mudo de voces que han callado

casto el retraimiento, tímida la mirada,
dibujo de una lágrima pendiente en el paisaje
suspendida y piadosa, velando el andamiaje

transparente en la garza que vuela ensimismada
mientras alguien despide su vida en el ramaje
agonía y destello de rosa rezagada.

No preguntéis mi nombre. Custodiad el retiro.
Yo guardaré mis ojos, su arteria y su cuidado.

Señor, yo te consagro

Señor, yo te consagro mi vida, toda entera,
con el alba que nace, con la tarde que canta
con la noche que muere, mientras el sol levanta
su fuego imprescindible de aroma en primavera.

Señor, sólo tú puedes vibrar en mi certera
pasión de voz sedienta, febril lirio que encanta
mientras pasa la vida, ensimismada y santa
tal como una vertiente nutriendo mi pradera.

Que yo quiero alabarte, fugaz como si fuera
esa estrella que cae silente en la enramada
de los astros lejanos, elemental quimera...

Y seguirte, seguirte con todos mis hermanos
a través de los bosques, de la cima primera,
cayendo en la enramada de los astros lejanos.

Señor, mi Dios, Amantepreciado entre las flores
del jardín más perfecto que soñaron mis ojos.

El ángel de la muerte y Jesús de Nazareth

Recordando

"La pasión de Cristo" de Mel Gibson

Cuando no me entregabas, Señor, esa palabra
que a tu lado ceñía cada tarde en la sombra ,
mi figura y su sueño, mi voz, mi propia sombra
te buscaba en los pliegues de tu entera palabra.

Porque allí estaba el ángel, bordeando tu palabra,
negro arcángel de muerte, surgido de la sombra,
y era la sombra, sombra, con la luz de su sombra
siguiendo el Via Crucis que nació en tu palabra.

Qué extremoso desvelo se eterniza en tu manto,
en tu voz rescatando las estrellas perdidas
hoy que mi verso es clave del amor y el quebranto

qué dulzura tu música, notas estremecidas,
diseminando el eco de estrofas encendidas
que aventan en noche oscura la raíz del espanto.

No me aleje, Dios mío, de esta gracia que encanta
del fondo de tu Nombre donde la Fuente fluye.

Tu sangre derramada

“La preciosa abundancia de su preciosa sangre ascendió al cielo en el cuerpo bendito de nuestro Señor Jesucristo y allí entró a raudales, pidiendo al Padre por nosotros; así es y así será mientras tengamos necesidad de ello. Fluye a raudales por todo el cielo . regocijando en la salvación a toda humanidad que allí se encuentra y se encontrará, hasta completar el número de los que faltan”

Juliana de Norwich, Visiones, 66

Se derrama tu sangre por un cielo que canta
con la leve andadura de tu casta presencia,
y lava como un río de dorada elocuencia
la orfandad de la noche, honda, mística, santa.

Y otra vez ese Cirio que de tu cruz levanta
clamores expandidos sobre toda inclemencia
y te contemplo absorta con mi sabia inocencia
mientras los astros callan y mi amor se agiganta.

De tu cuerpo purísimo es la sed, mi porfía
por tu mirada intensa, tu perfil y tus manos,
soplo de luz enhiesta que nutre mi alegría.

Es el sayal blanquísimo cubriendo los arcanos
de cada llaga tuya, crucial alevosía,
por completar el número de todos los hermanos.

Señor, Señor, me eleva mirarte en el lucero
mientras una gaviota serenamente pasa.

La siembra de la poesía

En la noche secreta, sublime alevosía
de tu luz, de tus ojos, de tus manos sagradas,
inundó mis parajes con voces agraciadas
y un río impostergable germinó en mi alquería.

Viniste como un cántaro sobre mi voz vacía
desde campos lejanos, con gavillas doradas;
me hiciste tierra virgen en aguas impregnadas
por tu sed, por tu aliento, fecunda epifanía.

Cómo vivir la muerte, sumida en el boscaje
si la poesía clama, fértil y peregrina,
y colmada de niños me pierdo en el paisaje.

No te alejes, no partas, restáurame la ruina
que me extingo en la huesa del mar, bastión salvaje,
y la poesía clama, exhausta y peregrina.

Permite que yo acune la humanidad gimiente.
Sigue hablándome bajo... tan bajo que te escuche.

Ofrenda de vida

Yo vengo hasta tus plantas, Señor, que me has amado.
Apelo a la hermosura de todo lo vivido
en tu preciosa casa, en tiempo que fue henchido
silencio esplendoroso del Verbo y su cayado.

Yo vengo hasta tus plantas, Señor, con un recado
que brota de la hondura de un sol atardecido

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

en temblorosas manos, en pálido gemido
a tu portal divino de ciervo eternizado.

Yo vengo en esta noche, sencilla y luminosa
pequeña como siempre sonriente y desgarrada
trayendo entre las manos la perla jubilosa

de dolor, de impotencia, de lágrima callada
como si fuera un niño recién nacido, rosa,
surgido del vacío del alma enamorada.

Aquí te dejo todo, Señor, dame tu mano.
Condúceme al aprisco. Enciérrame en tu cuerpo.

Ahora que te has ido

Ahora que te has ido parten todos los pájaros
volando por el cielo de una brisa callada,
y susurran los árboles con voz amurallada
y un perfume de nardos evanesce en los álamos.

Ahora que te has ido, la soledad inmensa
llueve incesante y ardua su muerte imprescindible
y un relente de sombra te transporta inasible
y un hueco imperdonable se aposenta a mi vera.

Deshilachada y sola, sonámbula, sin tino,
te busco en la intemperie que perdió su alborada;
que la noche es de noche y sufro el desatino

de sutil mariposa, pequeña, asesinada,
flotando sobre el agua celeste, tul y lino,
mientras alguien se burla con risa enmascarada.

Señor, dejo mi vida para que todo sea.
Señor, no te arrepientas por haberme creado.

Ascesis

Sí. Tus manos señalan los sagrados lugares
donde el azul derrama sus luces majestuosas;
y es el canto del cisne que trémulo reposa
donde el viento revela la voz de sus cantares.

Sí. Tus manos son fuerza de lúcidos manjares
que nacen de una adusta vigilia dolorosa
cuando tus ojos pesan el ser de cada cosa,
contemplativo y serio, desiertos tus lugares.

Yo quisiera en un ángel transformar tus pesares,
regalarte una música de tenue algarabía;
ser lejano consuelo, voz de viento y de mares.

Pero estoy tan ausente, pero estoy tan vacía
que ya nada me queda; son páramos mis lares
y sólo es una sola súplica la flor del alma mía.

Ahora nadie canta. Nadie reza. No hay lágrima
que habite estos senderos donde vive la muerte.

Cuando yo me haya ido

Cuando yo me haya ido regresarán los pájaros;
llegarán con la brisa con un cielo infinito,
murmurarán las flores un canto amanecido

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Y habrá aroma de rosas y luces en los álamos.

Cuando yo me haya ido, en el vacío inmenso
velarán las estrellas con luz iluminada;
y olvidarán mi nombre todos los versos nuestros
y no habrá nadie, nadie que recorra mis páginas.

Será cuando el otoño barra las hojas secas
con un aire de sueños que jugarán la tarde
tantos niños perdidos, perdidos encontrados...

Vendrá una mariposa que posará en tu sombra
lágrimas sin espinas, lágrimas sin sonido,
y esplenderán las ramas... cuando yo me haya ido.

Ahora sólo quiero bajo el invierno duro
recordar, solitaria, tu estatura perfecta.

A un adolescente

A Nacho

No te duelas, no gimas, que el amor es sagrado
como el sol que se eleva sobre todas las cosas,
como todas las aves alegres y gloriosas
sobrevuelan el río y reflejan el prado.

No te alarme la vida, porque todo lo amado
sostiene el fuego altivo de plegarias preciosas
como el campo y las flores, que restauran piadosas
los rostros de los seres que en ellas se han mirado.

Alimenta en tu alma la canción más enhiesta,
la canción más remota que llega hasta tu oído,

dichosa primavera que sabe a mar y a fiesta

y derrama hermosura sobre la azul floresta
donde vibra y descansa tu corazón herido,
y se posan tus ojos en la flor más modesta.

Un astro te contempla. Un ángel te saluda.
y todo un Dios te guarda con su amor en desvelo.

El ala que te espera...

Tu pobreza y la mía, caminando el desierto
Intemperie de estrellas, soledad remecida
hálito, vuelo y bruma de sangre malherida
soñando la esperanza de solidario puerto.

Y caminas despacio por no perder mi incierto
paso de madrugada que atravesó la vida;
y en el ocaso ahora que llega en la partida
me invitas a entregarme buscando mar abierto.

Pero yo no soy nada, y es tan bello seguirte
por encontrarte pleno de meta iluminada
cómo se hace Dios mío para poder decirte

tantas cosas secretas que buscan bendecirte
postración de la tarde, caricia desvelada
y este anhelo infinito de perderme en tu muerte.

Soy una espiga frágil, Señor, que tanto te ama.
Soy una ala celeste que te espera en la noche.

La piedra

Escucho en el silencio todo el silencio, mudo,
recóndito, increíble, sin retorno, perdido,
solemne y solitario como un rostro aterido
que se extravió en la sombra, ensordecido y mudo.

Escucho en los rincones el silencio, ese mudo
preceptor de la muerte fundamental, herido
y es como un campanario sin badajo, su ruido
sin ruido, sin acento, acidulante y mudo.

Muerte, muerte! Resuena con voz de noche densa,
por calles y por plazas de vuelo agonizante
y el viento trae ráfagas de soledad inmensa

porque nadie reclama, ni responde, el instante
cae como un severo bronce de valla extensa
y se pierde el asombro de la flor más fragante.

Yo no sé los colores que guarda la distancia.
Yo no sé de que piedra padeció tu figura.

Instante

Esa unción, ese soplo que pasó por mi rostro
trajo aroma de cedros en divina osadía,
fuerza audaz, en extremo de rara melodía
rasgo inédito, casto, trasmutado en tu rostro.

Traspasado de leños, y de fragor de tu rostro
reflejado en instancia de amante extranjería,
abismo imprescindible de tu sombra y la mía,

dardo puro, vigilia, posándose en mi rostro.

Como un ánfora clara me entregó tu grandeza
la vid, el trigo, sacra la humildad doliente,
fundidos en lo resbelto de tu agraz gentileza.

Y estalló una bandada, volando hacia el poniente,
mientras alguien cantaba lejos... lejos... simpleza
del amor que contiene la humanidad doliente.

Yo guardando profundo tu universo encendido
como un ave que cruza los mares, solitaria.

Desolation

Siento la desolada posesión de la tarde
bajo un cielo impreciso que retorna lo oscuro
como antaño, por macho, cuando un invierno impuro
dejó en su trashumancia luto y santo en la tarde.

Siento que hasta los pájaros se han ido con la tarde
y el horizonte exhala silencio de futuro
como la muerte oculta del trigo ya maduro
y hay requiebro de ausencia reservado en la tarde.

Quizá fue tu tristeza, casada melodía
de resabios antiguos merodeando la casa,
historias de abandono, sutil extranjería,

tal vez fue tu cansancio, tu dolor, la poesía,
lágrima retenida mientras el río pasa
como un ángel urgente, director de utilería.

ELEVACIÓN DE VÍSPERAS

Nada sé en esta hora donde todo fenece.
Vacío del vacío por las clases gastadas.

Salmo

Señor,

cirio que te consumes en la sed insaciable
del amor que trasciende los mares y los montes,
y se pierde en el ala que traspasa horizontes,
y tu camino extenso deriva, interminable.

Señor,

cirio que se padece del amor entrañable
que no calma, infinito, su sed, sus horizontes
y deriva y divaga, persiguiendo los montes
de nuestra lejanía, torpeza inenarrable.

Señor,

yo quiero, peregrina, descalza y pordiosera
desgarrarme por dentro, consumirme en mis plantas
y contemplarte siempre, como una vez primera.

Señor,

porque tu amor me insume, sedienta primavera
y la sed no se sacia, y entre tus luces santas
quiero, pobre y ausente, perderme en tu ribera.

Señor,

ANA MARÍA RODRÍGUEZ FRANCIA

que ya no puedo amarte más de esto que te ama.
Quién, esto, yo, la niña que se extravió en tu fuente.